

¿Quién habrá sido capaz de medir las cosas con tanta precisión que en el universo no falte nada de lo necesario para la vida y que todos los seres no echen de menos lo que han menester para su completo desenvolvimiento y desarrollo? ¿Quién habrá combinado elementos tan contrarios como los que forman la naturaleza de modo que lejos de destruirse mutuamente o de perecer, al menos el más débil, se armonizan admirablemente para producir efectos comunes? ¿Quién habrá determinado la altura de montes y habrá dado fecundidad a la tierra; hermosura y aroma a las flores; trinos melodiosos a los pájaros y sus instintos irresistibles a los animales? ¿Quién habrá hecho que el día nazca y acabe con crepúsculos matizados de hermosísimos colores y que el cielo unas veces se cubra de manto azul parecido al de la Inmaculada y otras con negros nubarrones de tormenta? ¿Quién habrá inspirado a los grandes mundos que se mueven en el inmenso espacio, que se asomen por la noche a la tierra y con mirada rutilante, como de asombro, vean la dignidad del hombre o la grandeza de los beneficios que el Señor le ha hecho? ¿Quién, pues? Aquel de quien dice el real Profeta que los cielos cantan su gloria y el firmamento es obra de sus manos; Aquel que nos habla por la naturaleza como habló por los profetas para llevarnos hacia sí mismo; Aquel que en vez de despreciar al hombre, puesto que locamente cada día se le apartaba más, compadecido con entrañas de padre de amor infinito, hace un supremo esfuerzo de misericordia y se hizo nuestro hermano para que adquiriéramos los inestimables derechos de hijos de Dios.

Yo creo que aunque no fuera cosa muy natural y necesaria que el universo reflejara las perfecciones divinas, y que, por lo tanto, de la contemplación del mismo dedujéramos la existencia de Dios con extraordinaria facilidad, el Señor, dada su misericordia y los planes de redención respecto del hombre que se había trazado, hubiera impreso por todas partes señales de su vida, huellas de sus manos, argumentos de su bondad y pruebas sin cuento de su existencia, porque quería que nos uniéramos a El con los vínculos de la fe y esta supone la convicción de que Dios existe, como enseña S. Pablo: *Accedentem ad Deum oportet credere quia est.* Si se pusiese en duda siquiera la existencia de Dios ¿quién se impondría ni el más pequeño sacrificio por servirle? Nadie se movería en su obsequio, como nadie daría un paso sobre la tierra si se dudase de su estabilidad.

Pero si el orden físico del universo no se explica sin Dios que reduzca la asombrosa variedad de los movimientos y de las actividades de las cosas a la unidad de un fin prefijo en su pensamiento, el orden moral para que sea estable, para que sus leyes puedan obligar a todos y sus preceptos no se hagan acomodaticios a las conveniencias pasionales y egoístas de cada uno; para que tenga explicación suficiente que haya acciones malas que repugna nuestra conciencia, aunque ningún legislador humano las prohíba y aunque nuestra razón quisiera justificarlas, y acciones buenas en sí mismas muy gratas al corazón, aunque ninguna autoridad terrena las imponga y las dé a conocer; para que los sacrificios ocultos que cuesta la práctica de las virtudes tengan su debida sanción y encontremos estímulos suficientes para despreciar los alagos del pecado, es